





LA ESPIGA DORADA
10.000 años antes de nuestra era



Enrico Maria Rende

LA ESPIGA DORADA
10.000 años antes de nuestra era



Primera edición: marzo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Enrico Maria Rende

ISBN: 978-84-17362-20-1

ISBN digital: 978-84-17362-21-8

Depósito legal: M-4546-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los demonios Pazuzu, Asarlubi y Asaka,
a la diosa Inanna, al dios Enlil, y a Ailin, mi mujer*



PREFACIO

Universidad de la Sorbona, París, 5 de noviembre de 1998;
16:00 horas

Un hombre con unos auriculares está sentado en las gradas de las instalaciones deportivas, observando a los estudiantes jugar y practicar los diferentes deportes; fútbol, baloncesto, balonvolea...

—Está chiflado.

—Si es que no para de mirar. Y lleva ahí por lo menos tres cuartos de hora.

—Pero si ni siquiera es profesor. ¿Qué hace aquí?

—Yo creo que es un pervertido. Fíjate cómo mira a las chicas.

Su mirada totalmente concentrada en las canchas: líneas rectas dibujadas en el suelo que se entrecruzan para formar áreas cuadrangulares dentro de campos rectangulares. Líneas paralelas. Líneas perpendiculares. Ángulos de noventa grados.

La canción *I don't wanna miss a thing* del grupo Aerosmith suena a todo volumen en sus oídos, y se repite constante e incesantemente, hasta un total de catorce veces. De pronto, su rostro esboza una sonrisa. La sonrisa da paso a una risa, y esta, se convierte en una carcajada eufórica. Se pone en pie, la mirada aún fija en las líneas de las canchas. Calma su euforia con una profunda y orgullosa respiración. Se quita los auriculares de los oídos, primero el de la derecha, luego el de la izquierda. Sus ojos, sus

movimientos, y su pose, todo en él emana ese aire de satisfacción que caracteriza al ser humano en las contadas ocasiones en las que sabe que ha realizado un descubrimiento que cambiará el curso de la historia.

NOTAS DE PRENSA

Los primeros agricultores del Próximo Oriente cultivaban dos tipos de trigo y de cebada y también algunos tipos de vegetales, domesticaban las cabras y después las ovejas, cerdos y bovinos. Sigue siendo un misterio, y posiblemente lo será siempre, cómo llegaron a cultivar las plantas y a criar animales.

CHESTER G. STARR

Profesor emérito, Universidad de Michigan, 1965

La idea la han perpetuado los arqueólogos que usan el método de excavación arbitraria, donde el suelo se excava según niveles de grosor preestablecido. Estos asumen que tales «estratos métricos» representan la dimensión temporal de los objetos enterrados, y que todos los objetos hallados en el mismo nivel son contemporáneos. [...] La excavación arbitraria mezcla los objetos de diferentes estratos y trastoca irremisiblemente las relaciones estratigráficas y cronológicas. La excavación arbitraria hace imposible poder determinar con una mínima validez estratigráfica qué objetos son originales, residuales o infiltrados.

EDUARD C. HARRIS

Director del Museo Marítimo de las Bermudas, 1989

El famoso Museo Nacional de Irak, que albergaba un tesoro cultural invaluable de colecciones sumerias, acacias, babilonias y asirias, además de textos islámicos únicos, fue completamente desvalijado en medio del caos que reina en Bagdad. En un fre-

nesí de saqueo de objetos culturales, los vándalos, que desvalijaron las oficinas del gobierno y comercios después del desplome del régimen de Saddam Hussein, cayeron sobre el museo sin que nadie los detuviera. Desaparecieron tesoros irremplazables de la cuna de la civilización occidental.

The Associated Press /13 de abril, 2003

Capítulo 1

1

Suq Ash Shuyuk, sur de Irak. 21 de abril, 2003. 23:34 horas

Fuera, el viento levantaba el polvo. El ventilador del techo luchaba a duras penas contra el insoportable calor cuando de un impetuoso empujón se abrió la puerta del bar, haciendo sonar el cristal dentro del marco de madera. Un hombre alto, robusto, se abrió paso desgarbadamente hasta la barra.

—*Abalan*.

—*Abalan* —le respondió el hombre detrás de la barra, probablemente el propietario del bar, masticando el cigarrillo que sujetaba con los dientes, y tras dirigirle una rápida pero desafiante mirada, volvió a concentrarse en su tarea de secar los amarillentos vasos con un paño aún más sucio y amarillento.

—¿*Aín Al-americani?* —preguntó el que había entrado.

El camarero meneó la cabeza, sin dirigirle la mirada. Luego, con un movimiento indolente, miró el deslucido reloj de su muñeca.

El cliente pidió un té y se sentó a una mesa. El sudor le empapaba las sienes y hacía que su pelo grasiento adquiriera un aspecto todavía más pringoso. Sus negros ojos permanecieron clavados fuera

del escaparate, escrutando la calle en la oscura noche, iluminada escasamente por algunas farolas que aún quedaban en pie.

«Hasta las bombillas parecen tenerle miedo a la guerra», pensó mientras le pegó un sorbo a la verdosa infusión.

La puerta del bar se volvió a abrir. Se cruzaron, cómplices, las miradas de los tres hombres. El dueño le hizo un gesto casi imperceptible con el hombro izquierdo al recién llegado, acompañado por un leve y también casi imperceptible giro de la cabeza, señalándole la mesa donde estaba sentado el único cliente.

—*Hal tatakalm alingli'zia?* —preguntó el que acaba de entrar al que estaba sentado.

—Sí, hablo tu idioma —contestó con aire de sospecha—. ¿Es usted el señor Martin?

—Sí. ¿Puedo sentarme?

—Llega usted tarde —le dijo nervioso, girando la cabeza hacia todos los lados, como en busca de posibles escuchas.

—Acabo de recorrer cincuenta kilómetros en una mierda de *jeep* descapotado y sin aire acondicionado, y la tierra se me ha pegado a las cejas como cemento. No podía pisarle más al acelerador. La carretera tenía más baches que cráteres tiene la luna...

—*Isbrin* —lo interrumpió.

—¿Cómo dice?

—*Isbrin kilometers* son los que hay desde Nasiriya.

—¿Sí? Pues a mí me han parecido cincuenta, no veinte. ¡Mierda de *jeep*! Se me ha quedado el culo cuadrado.

—Me estoy jugando mi puesto de trabajo, y los soldados americanos tienen orden de disparar a todo lo que se mueva de noche cerca de un yacimiento, así que, espero que entienda esto bien. Yo le doy la pieza, usted me paga, y aquí se acabó todo. Yo no vuelvo a verle a usted. Usted no sabe nada de mí. ¿*Na'am?*

—Ya, bueno, pero si la pieza no me convence, no hay trato.

—Lo hemos acordado por teléfono, y hasta le he enviado un email con la foto de la pieza al señor Renier.

—Sí, pero ni el señor Renier, ni yo, ni ningún funcionario del excelentísimo Museo Británico es idiota, señor Ibrahím. Así que, enséñeme la pieza.

Ibrahím sacó de su sayo una caja de cartón rectangular, y se la pasó por debajo de la mesa a Martín.

Apoyándosela con cuidado sobre las rodillas, la abrió delicadamente. Luego, sacando con aún más cuidado el objeto de su interior, lo escrutó con detenimiento, volviéndolo de un lado a otro, palpándolo suavemente con las yemas de los dedos, hasta que, finalmente, se lo acercó a la nariz, y lo olfateó.

«Putos americanos —pensó Ibrahím—, yo me juego la vida todos los días, y ellos se pasan la vida jugando».

El profesor apoyó un fino y reducido maletín sobre la mesa, abrió la cremallera, y sacó del interior un Portégé R-500, el extra fino portátil del que nunca se separaba cuando trabajaba. De uno de los bolsillos del maletín sacó el escáner que, hábilmente, conectó al puerto del ordenador y lo apuntó a la estatuilla.

—¡Alto! —exclamó el árabe, conteniendo la voz—. ¡Estás loco, americano! Con todo eso vas a hacer que nos descubran.

—Soy británico, señor Ibrahim. ¿Entiende? —su atención volvió a centrarse en el aparato electrónico—. Esto tardará sólo unos segundos.

Impasible, Martín abrió el ordenador y arrancó un potente programa capaz de analizar la información enviada por el escáner: el material del que estaba hecha la estatuilla, su peso aproximado, y una estimación de su antigüedad, comparando su estilo y forma con los de la base de datos.

—Está bien —sonrió satisfecho Martín—. Es auténtica.

Se sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo puso sobre la mesa.

—En euros, como nos pediste. Nada de dólares o libras esterlinas.

Ibrahím alargó la mano izquierda sobre la mesa y cogió el sobre. Luego, con un ágil movimiento de los dedos de la otra

mano, lo abrió y realizó un recuento de los billetes que había en su interior.

—Está bien —dijo—. *Ma'a El-Salama.*

Luego, se levantó, dejó unas monedas sobre la barra del bar, y se marchó.

El propietario, al ver su ganancia, en la que al precio del té se le sumaba la propina por discreción, silencio y colaboración, dibujó una expresión en su rostro por primera vez en toda la noche, abriendo los ojos como platos, y se metió las monedas en el bolsillo del pantalón raído.

Martin colocó con cuidado la caja de cartón que custodiaba el preciado objeto dentro de su bolsa de tela.

—Malditos ignorantes —masculló—. ¡Utilizar una caja de paquetes de tabaco para guardar la pieza más valiosa de la historia de Mesopotamia!



2

En algún lugar del desierto, sur de Irak. Minutos después

Las luces largas del *jeep* no parecían tener más fuerza que las de una linterna de juguete; tan llano y anchuroso, oscuro y diáfano era el desierto.

Martin odiaba el desierto. A pesar de ser más de las doce, la temperatura esa noche aún no había descendido de los veinte grados, y la humedad del aire era tan baja que la garganta se secaba con sólo respirar. El sudor le hacía incómoda la conducción, pues la camisa en la espalda se le pegaba al asiento.

«Parece mentira que dentro de un par de horas hará tanto frío que se podría congelar agua en un vaso», pensó para sí.

—¡Y dicen que en Inglaterra tenemos mal clima! —le gritó al desierto. Luego añadió, con tono burlón—: Allí, por lo menos, no hay cambios drásticos y siempre sabes lo que esperar: lluvia y más lluvia.

En Irak podían alcanzarse los 51 grados de día, y por la noche, la temperatura podía llegar a bajar ¡hasta los siete grados bajo cero!

Las luces de la ciudad ya se veían cercanas, y ansioso por llevarle la pieza a su colaborador, pisó a fondo el acelerador, haciendo que las ruedas parecieran estallar con cada bache, en cada socavón de la carretera.

Al fondo, ya se veía el puesto de control levantado por los marines. La luna, amarilla, delgada, parecía sonreír maliciosamente en el cielo, en ese cielo que no le pertenecía, un cielo bajo el que nacieron las primeras civilizaciones, y bajo el que se habían luchado las más terribles batallas de la antigüedad, una antigüedad que tampoco le pertenecía, por mucho que fuese todo un erudito.



—Pasaporte, señor —le solicitó un marine, metralleta en mano, casco y bufanda negra ocultándole la boca y la nariz.

Martin no era un tipo que quisiera hacerse el gracioso, y tampoco sabría cómo, pero a punto estuvo de contestarle, de modo espontáneo, que toda esa parafernalia era innecesaria, puesto que se habían visto hacía menos de una hora. Pero conociendo la situación, prefirió no bromear con esos tipos: apenas nueve días antes, en ese mismo puesto, habían acribillado a tiros a dos niños que iban en un coche. El vehículo en el que viajaban se aproximó a gran velocidad al puesto, y al no responder a las señales para que se detuviera, los soldados abrieron fuego. El capitán del puesto diría después a la prensa que se había tratado de «un lamentable error».

—¿De dónde viene, señor?

—Soy miembro de la expedición de colaboración entre la UNESCO y el Museo Británico para la recuperación del patrimonio arqueológico. Voy a mi hotel, el Southern, para reunirme con mi colega, el señor Renier.

—Le he preguntado de dónde viene, señor.

—De Suq Ash Shuyuk —tragó Martin con dificultad.

—¿Con qué motivo o propósito ha acudido a ese lugar?

El conductor, nervioso, se giró para coger el paquete que tenía en el asiento de al lado. Pero a ninguno de los marines que estaban alrededor del *jeep* les gustó ese movimiento, reaccionando, instintivamente, de la única forma que sabían, de la única forma posible dadas las circunstancias: como se les había enseñado. Apuntándole simultáneamente con sus armas, mantuvieron el objetivo en sus miras con mucha precisión, mientras el que lo interrogaba le ordenó que se bajara del vehículo muy despacio, con las manos en la cabeza y los dedos cruzados. Una vez fuera del coche, un soldado lo obligó a arrodillarse con un preciso golpe de culata en las corvas, mientras dos armas seguían apuntándole directamente al cráneo. Martín sintió las diminutas piedras del suelo hincársele en la carne de las rodillas, y un sudor frío le hizo enmudecer. Oyó

como uno de los soldados reclamaba a los miembros de explosivos por el micrófono del manos-libres integrado a su casco.

—No. No es ninguna bomba —dijo Martin, sacando valor de donde sólo el miedo más grande puede sacarlo.

Entonces, un golpe seco en la parte baja de la nuca lo alcanzó desde atrás, dejándolo dormido en el acto. Su cuerpo se desplomó.

Cuando recobró el sentido, estaba en el interior de la garita militar, sentado sobre una silla. Ante sí, un oficial del ejército estadounidense, y entre ambos, una mesa con la caja cerrada encima.

—Lamento lo sucedido, señor Martin, pero verá, no debería pasearse por el sur de Irak, en su *jeep*, con un objeto robado de gran valor en el asiento del copiloto, y en mitad de la noche.

—No es un objeto robado. Ha sido adquirido por el Museo Británico, entidad para la que trabajo como responsable de la sección de arqueología mesopotámica y a la que represento en misión oficial.

—En misión oficial, dice. Y, dígame, señor Martin, ¿acostumbra el Museo Británico enviar a sus representantes a trabajar después de la puesta del sol?

—Se trata de una circunstancia muy especial, dada la pieza en cuestión.

—¿Se refiere a esta estatuilla?

—Usted no tiene ni idea de su valor.

—Sí, ya lo sé —replicó, con ironía, el oficial—. Su valor es incalculable, ¿no?

—Al contrario. Su valor es el de la pieza que va a fijar la cronología de la Historia Antigua de Mesopotamia; es el de la pieza que convertirá en realidad lo que hasta ahora se habían considerado leyendas; su valor es el de la pieza más preciada y buscada por los arqueólogos desde que Wooley descubrió la existencia del mundo Sumerio. Es un valor que usted jamás podría alcanzar a comprender.

—No debería subestimar la formación en Historia que recibimos los oficiales, señor. Pero, en cualquier caso, dígame, ¿cómo es posible que una pieza de tal valor tenga que ser transportada en

una caja vacía de paquetes de cigarrillos, sin ninguna medida de seguridad, y a través de la noche?

—Mi organización trata de recuperar los objetos que vienen robados a diestro y siniestro por todo el territorio iraquí bajo las narices de vuestros «formados», y aparentemente bien versados en historia, profesionales de la guerra.

—No me busque, señor Martin, porque me podría encontrar. No tengo que recordarle que aquí estamos en guerra, y que su pasaporte británico o «su» organización, poco podrán hacer por usted una vez acabe entre rejas en un asqueroso agujero del centro de Basora.

—¿Y con qué cargos? ¿Es que en Irak es un delito salvaguardar el patrimonio arqueológico?

—Tal vez, vosotros los británicos lo llaméis así; nosotros, los americanos llamamos a las cosas por su nombre. Y a esto lo llamamos contrabando.

—No me haga reír.

—¿Acaso estoy sonriendo yo?

Las miradas se sostuvieron; la tensión creció. Martin tenía las de perder.

—Déjeme usar el teléfono —le pidió con tono más relajado—, y se lo demostraré.

—Seguro, pero antes contésteme a unas preguntas. ¿Por qué a las doce de la noche? ¿Por qué no en pleno día, por la mañana, o por la tarde? ¿Por qué en Suq Ash Shuyuk? ¿Por qué no en Nasiriya, o en Basora? ¿Por qué no en Bagdad, y a las once de la mañana, como debería ser?

Martin enmudeció, apretando con fuerza los puños sobre sus muslos. No soportaba que se le tratara con arrogancia, pero tenía que reconocerle un punto de razón al oficial. ¿Cómo explicarle que en la mayoría de los casos había que recurrir al trapicheo para obtener ese tipo de joyas, y que era una práctica habitual, y que lo venía siendo desde hacía más de un siglo para todos los grandes museos? ¿Cómo explicarle que la causa era lo más importante?

—Mi organización —empezó diciendo, pasándose la mano izquierda por la nuca, para calmar la tensión y aliviar el dolor del golpe que aún le duraba—, se encargará de devolverlo al lugar que pertenece.

Una sonrisa complaciente se dibujó, amplía, en el rostro del oficial. Martín se mordió el labio superior en un inútil intento de frenar su boca. Se acababa de delatar él solito... ¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¡«Devolverlo al lugar que pertenece» era una frase que implicaba una sustracción ilícita de antemano! Tenía que pensar en algo rápido, pero los nervios ya no le permitían pensar con claridad.

—Le diré lo que vamos a hacer, señor Martín del Museo Británico —dijo el oficial, apoyándose con ambos codos sobre la mesa, para acercarse con más decisión al interrogado—. Le vamos a ahorrar gastos a «su» organización, y en vez de hacer volar esta valiosísima pieza hasta Londres, trayecto en el cual podría, por lo demás, resultar dañada, o incluso podría resultar robada, cosa no poco probable dado el alto índice de criminalidad que hay ahora mismo en este país, para que después desde ahí la «devuelvan al lugar que pertenece» —la frase fue acompañada por un agudo arqueamiento de la ceja izquierda—, lo que haremos es enviarla directamente desde aquí, nosotros mismos, al lugar donde pertenece, es decir, al Museo de Bagdad. ¿Qué le parece?

Martín agachó la cabeza. No tenía nada que responder.

El oficial le indicó al soldado que lo escoltaba que le ayudara a levantarse y que lo acompañara a su vehículo.

—Ah, señor Martín —añadió cuando aquél estaba ya casi fuera de la oficina—, no se preocupe por los gastos de envío: correrán a cargo de los Estados Unidos de América.

Southern Hotel, Nasiriya. Irak. Esa misma noche

—Lo siento.

La lámpara de la mesita de noche era la única luz que iluminaba la habitación. Las cortinas estaban echadas, y la puerta del balcón cerrada. Las temperaturas ya habían descendido bruscamente. Hacía frío. Martin tenía frío. Y a Renier se la había congelado el alma.

—No te disculpes. Sabíamos que podía ocurrir.

Martin estaba sentado sobre su cama, con la cara entre las manos. Renier estaba tumbado en la suya, con las piernas cruzadas, y los brazos detrás de la cabeza, la mirada perdida en algún lugar del desconchado techo de la habitación.

Idara Renier Amenoc era un hombre optimista por naturaleza. Su pasión por la Antigüedad le había llevado a estudiar la carrera de Historia, pero su carácter rebelde, inquieto e inconformista, le había servido de mal consejero, alejándole de la licenciatura. Aun sin terminar los estudios que inició con muy buenos resultados en la Universidad de La Sorbona de París, y de una manera autodidacta, se había convertido en el experto más joven en su campo, la Teoría Histórica, habiendo publicado numerosos artículos en revistas especializadas y científicas en los que presentaba hipótesis que no dejaban a nadie indiferente. Entre ellos se encontraba Martin, profesor y experto en Asiriología de la Universidad de Londres y coordinador de las Colecciones Mesopotámicas del Museo Británico, licenciado por la Universidad de Manchester en Arqueología, con varios másteres en las más prestigiosas universidades de los Estados Unidos e Inglaterra, y doctorado en Arqueología Bíblica por la Universidad de La Sorbona de París, donde conoció a Renier.

Se profesaban admiración mutua. Idara admiraba a su amigo por su amplia trayectoria científica, por su conocimiento de las lenguas, tanto vivas como muertas, y por su excelente memoria; no por nada le había apodado su «enciclopedia andante personal». La admiración que este despertaba en Martín era, sin embargo, a un nivel menos académico y más humano, biológico: le fascinaba su gran capacidad de deducción, su lógica aplastante, su frescura de ideas, y su inquebrantable optimismo. Aun llevándose más de diez años de diferencia, entre ambos había surgido una amistad a prueba de bombas. Y la guerra en Irak había sido buena prueba de ello: cuando Idara le escribió en un email su plan para conseguir *in situ* la pieza clave que validaría su teoría, Martín no se lo pensó dos veces, y dejando a su esposa y dos hijos en la villa de Bath, cogió el primer tren a París y se plantó en su apartamento, listo para la expedición.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Martín, mientras se sacaba del bolsillo interior de la chaqueta la foto de la pieza que acababan de perder.

—Tú volverás a Londres, al British, y con tu familia. Yo seguiré con mi plan; la conferencia está organizada y no hay marcha atrás. Tendré que presentar mi teoría y mis conclusiones sin la pieza. Al fin y al cabo, desarrollé la hipótesis mucho antes de saber de la existencia de la figura. Llevo tres años trabajando y todos los cabos están atados.

—Todos menos uno, Idara.

—Bueno, la pieza no viene con nosotros al Museo Británico, pero sabemos que existe y que pronto estará en Bagdad.

—Sí, pero aún queda autenticarla, y las pruebas podrían llevar años estando la estatuilla aquí, en Irak. Y sabes que hasta que no quede completamente demostrada su antigüedad, nadie aceptará que la aportes como prueba. «¿En qué te apoyas?», te dirán, «¿en una fotografía que te han enviado por internet unos traficantes de arte de tres al cuarto?».

—La teoría es correcta —replicó Idara sonriente—, con o sin estatuilla.



Capítulo 2

1

+30°48'57", +45°59'45"; 10.000 años antes de nuestra era

El sol empezaba a ponerse sobre el horizonte lejano. El horizonte en esas tierras era muy lejano, tanto que Adapa jamás imaginó que la tierra pudiera ser tan vasta.

—Aquí.

Su voz se perdió en el aire, sin eco, sin fuerza, sin misterio. Fue una simple orden, dada con una simple palabra. No hubo nada de épico en ello. Nada digno de epopeyas. Sin embargo, sería la orden con mayor trascendencia de toda la historia de la humanidad. Pero él no lo sabía.

Los hombres dejaron caer los sacos pesados de sus hombros, soltaron los arcones, pusieron a un lado los recipientes y contenedores de agua y alimento y se desembarazaron de las pesadas telas para montar las tiendas.

—¿Por qué aquí? —la pregunta no fue formulada para cuestionar la orden, sino que fue fruto de una sincera curiosidad y admiración. La admiración por el jefe era compartida por todos los miembros del grupo, y no era para menos. Cuando los doce volun-

tarios decidieron unirse a la expedición, lo hicieron sólo por pura devoción. Adapa era un hombre como pocos. Era un héroe. Fuerte, sus huesos habían probado ser robustos como los del león; sabio, sus órdenes y consejos habían demostrado ya su valía en múltiples ocasiones; generoso, tanto con sus propios soldados como con los vencidos; justo y prudente: siempre había demostrado tener medida en todo—. El océano está a nuestras espaldas, a un día de camino —dijo, señalando con su dedo índice hacia el sur—. El peor de nosotros podría alcanzarlo corriendo. Cuando tengamos caballos, lo alcanzaremos en una mañana —se puso en cuclillas y hundió los dedos en la húmeda pradera; recogió un poco de tierra con la mano izquierda, y con los dedos de la derecha la removió en la palma; luego se llevó un pellizco a la lengua—. No hay árboles, por lo que no llueve; eso nos facilitará la labor de construir casas, y no habrá que preocuparse mucho de las techumbres. Sin embargo, estas marismas producen tierra muy buena, excelente para el cultivo, y un lodo sólido para la construcción —señaló con la mano abierta las altas y frondosas gramíneas que cubrían el pantanoso terreno—. Ahí las tenéis, a un tiro de piedra —se puso en pie, y se volvió hacia el sol poniente, escupiendo al suelo las trazas de tierra que le quedaron en la boca—. Los ríos son abundantes aquí, lo que nos garantiza agua, pescado, minerales y rutas rápidas para conocer a nuestros vecinos —se volvió sobre sí mismo y señaló hacia el oscuro horizonte—. El viento trae el olor de las colinas que se levantan en la lejanía, y me dice que hay cedros, y por tanto, habrá onagros, ciervos y jabalíes. En nuestro recorrido hemos visto leones, gacelas, camellos, caballos... —dio un paso a su derecha, y apuntó hacia las primeras estrellas en el cielo—. Y allí, al norte, los astros señalan riquezas y minerales —puso su mano sobre el hombro de su interlocutor, y le miró a los ojos con satisfacción—. Es aquí, amigo mío. Es aquí.



2

Segundo día

Con el alba, todos los hombres se habían puesto a trabajar. Los carpinteros se encargaban de deshacer los arcones que transportaron las armas, y reconvertirlos en el barco que les trajo desde el otro lado del océano. De entre los obreros, algunos habían empezado a fabricar los ladrillos de barro y paja que usarían para levantar sus viviendas, y preparaban largas hileras de bloques para que estuvieran listos antes de que el sol se levantara en lo más alto del cielo, y así tenerlos cocidos al final del día. Otros, se habían puesto en marcha con sus picos, para alcanzar las montañas y buscar una buena cantera. Los cazadores se habían dirigido en todas las direcciones en busca de animales; algunos traerían la carne para las viandas, otros traerían los ejemplares vivos que necesitarían para las labores más pesadas, para darles calor de noche y para procurarles leche por las mañanas. Los tejedores abrían las lonas que usarían para levantar las tiendas, y preparaban las esteras que cubrirían los suelos. Adapa allanaba el suelo circundante, arrancaba las plantas y los juncos, levantaba las piedras más grandes y cubría los socavones, preparando el lugar para el puesto sagrado. Eran trece hombres nada más, pero ya eran una nación.

Llegada la tarde, el barco estaba terminado, las filas de ladrillos se extendían a cientos por todo lo largo que sería el poblado, tres grandes tiendas se levantaban firmemente sujetas al suelo con cuerdas, y una hoguera se prendía en el centro. Un poco más alejado, la silueta oscura de Adapa se dibujaba contra el cielo. Los hombres, una vez asegurado el ganado con cuerdas y clavos al suelo, y dejadas las carnes sobre el fuego, se le acercaron en silencio.



—He escogido este lugar para el puesto sagrado. Espero que os parezca bien —no hubo respuesta—. Provisionalmente, levantaremos el altar con esto —dijo, señalando una montaña de piedras y guijarros que había a su lado—. Son las más grandes que he podido conseguir por los alrededores. Cuando tengamos los bloques de cantería, lo reemplazaremos por uno en condiciones. Si no hay objeciones, podemos empezar.

Todo seguía un plan ya establecido que cada uno conocía bien. Los hombres que servirían de arqueros para la misión se tumbaron en el suelo, y cerraron los ojos para descansar; los demás, se empeñaron en la erección de un sólido y corto muro. Se levantaría hasta la altura de sus cinturas, y no sería más ancho que un cuerpo humano. Lo fijaron bien con mortero hecho de barro, paja, gravillas y ramas. Aseguraron sus pequeños cimientos con tablones de madera clavados al suelo. Y cuando estuvo terminado, lo recubrieron con una ancha piel de bovino, curtida y traída especialmente para ese fin.

El altar estaba terminado. La luna brillaba en el cielo. Había llegado el momento. Entre todos tiraron la barca hasta el río más ancho, montaron en ella, y comenzaron a remar contracorriente. Adapa estaba sentado en la proa, con la vista puesta alternadamente en las estrellas y en el curso de agua. Lo primero le servía para registrar en su mente un mapa del área en la que estaban; lo segundo, para evitar que la embarcación escollara. Era su primera vez como capitán de una expedición así. Ya había participado en una, de niño, con su padre y sus hermanos, y conocía decenas de historias en las que se narraban los mismos hechos. Además, confiaba plenamente en sus hombres, tanto cuanto en sí mismo. Confiaba en su destino y en que las estrellas le darían éxito esa misma noche. No había nada de qué preocuparse. Miró un instante hacia atrás, a su tripulación, y se permitió un momento de flaqueza. Los quería a todos y cada uno de ellos.

A Sipad y Alalgar, los dos carpinteros, hermanos, y tan iguales como dos gotas de agua. Inteligentes, muy poco habladores, y

siempre sonrientes. Al obrero Ubara, un poco panzón, pero grande como un cedro. Dumuzi, Daruma y Gibil, los otros obreros, siempre alegres y los más dicharacheros. Al pequeño Enmengal, el más joven de todos, con una pericia inigualable a la hora de tejer cuerdas y atar nudos; y a su colega en el oficio, Suddu, el más anciano de todos, pero con un espíritu tan joven como su compañero. Y por último, sus más queridos amigos, Etana, Mashda, Tutukin y Suqur-lam. Con ellos había crecido, había compartido aventuras de adolescentes, y se había batido en los más feroces campos de batalla, donde su destreza en el arte de la guerra pronto les valió el sobrenombre de «los cuatro leones». Aunque ellos preferían hacerse llamar «las cinco estrellas del norte», pues tenía la connotación del brillo más que el de la bestialidad, y, porque al igual que las estrellas en el firmamento, eran todos iguales pero todos diferentes. Además, este último incluía a su capitán, sin el cual, decían, ninguno de ellos brillaría tanto.

Adapa esbozó una sonrisa, y volvió a fijar su mirada en las aguas. Cuán distintas eran esas de las del mar que les llevó hasta allí. Qué fácil se manejaba la barca en ese río, y que duro fue cruzar el océano, viendo la costa constantemente a lo lejos, cuando, en las noches de tormenta, las olas se levantaban tan altas y con tal fuerza que a punto estuvieron en varias ocasiones de despedazar la nave.

Por fin, vio algo. Levantó su puño izquierdo, y todos comprendieron la señal: los remos se levantaron casi al unísono, y sólo uno siguió remando, maniobrando la embarcación para hacerla arribar a la orilla. Enmengal, el joven tejedor, ató la nave a un arbusto, y se quedó. Los demás, partieron por tierra, en silencio, tras los pasos de su capitán. Al fondo se veían los hogares encendidos de un pequeño asentamiento.

Etana, Mashda, Suqur-lam y Tutukin sabían lo que tenían que hacer, y se adelantaron, silenciosos, como gatos monteses, imposibles de ser vistos en la oscuridad, con sus arcos tensados y las flechas preparadas. Poco después desaparecieron en la noche.

El tenue aúllo de una lechuza fue la señal. Los otros siete y su capitán se pusieron en marcha, con paso firme, decidido y veloz.

El crujir de la hierba sonaba bajo sus pisadas, y el corazón les latía fuerte en el pecho. Empuñaron sus dagas con la derecha; en la izquierda llevaban las sirgas: un pedazo largo de cuerda atado de un modo especial a un aro de metal. Avanzaron hasta el poblado.

A los pies de la muralla circundante yacía el cuerpo sin vida de uno de los centinelas; su cuello atravesado por una flecha. El muro era de adobe, poco más alto que un hombre mediano, y fácil de escalar. Ascendieron por él, hasta encontrarse arriba. Las hogueras encendidas iluminaban los muros de las cabañas circulares y recreaban siniestras sombras por todas partes. Con un gesto, Adapa dio la orden de que se dispersaran y empezara el rapto. Todos saltaron al interior del poblado, y se adentraron al interior de las casas.

Instantes después, la noche se incendió con las llamas de las hogueras que quemaban las techumbres de los hogares al son de los gritos de horror y socorro. El pánico se hizo con los hombres que se esforzaban en intentar controlar las llamas, sin percatarse de la presencia de los intrusos que, entre la multitud, se llevaban a rstras a sus mujeres. Los centinelas abrieron la puerta de las muras, y todos salieron en estampida. Los cuatro leones les esperaban con sus arcos cargados. La muchedumbre se frenó en seco. El fuego del interior parecía menos peligroso que la amenaza del exterior. Atónitos, se miraban unos a otros. Las madres agarraban a sus hijos, tratando de protegerlos bajo sus abrazos; los viejos lanzaban órdenes a diestro y siniestro para que los más jóvenes acudieran con las armas.

Salieron los primeros tres, jabalina en mano. Cayeron fulminados por sendas flechas. Luego otros siete, uno tras otro, empuñando puñales y mazas. Lo mismo les ocurrió a ellos.

Un hombre anciano lanzó una orden levantando sus dos manos en alto, para detener todo movimiento. Los soldados guardaron sus armas; los ojos encendidos apuntaban rabiosos a los arqueros. Se hizo el silencio. Después, de entre la muchedumbre apiñada en la entrada de la muralla, se abrieron paso los raptos. Caminando despacio, y en formación, cada uno de ellos llevaba a una mucha-

cha cogida por el cuello con la sirga, un arma de la que era imposible liberarse sin morir estrangulado. Sus dagas se blandían en el aire con movimientos controlados que frustraban todo intento de los familiares por salvarlas. Un joven se lanzó sobre Gibil, pero este le abatió con un corte seco que le abrió el cráneo. Otro intentó lo mismo contra Ubara, pero fue alcanzado por una certera flecha que se le clavó en la espalda, lanzada por Suqur-lam.

El anciano volvió a gritar la orden. Nadie se movió. Sólo se oía el crepitar de las maderas que, pasto de las llamas, ardían en el interior de las murallas. Los siete raptos se abrieron camino hacia sus cuatro compañeros, que con sus flechas seguían apuntando a la muchedumbre. Una vez reunidos, se adentraron en su camino de regreso, desapareciendo en la oscuridad.

Desde la embarcación se podían oír los lamentos y los gritos del poblado, y las llamas que lo consumían iluminaban una gran sección del cielo. Presas de las sirgas, las siete muchachas no podían hablar, a duras penas podían respirar, y con sus frágiles dedos trataban de liberarse el cuello. Fueron subidas a bordo, donde Enmengal las iba tumbado una tras otra, boca abajo, flanco con flanco, pavimentando la embarcación con sus cuerpos, con cierto cuidado para evitar, en todo lo posible, hacerlas daño. Después embarcaron los demás, sentándose sobre los cuerpos femeninos, y remo en mano, descendieron el río corriente abajo.

De vuelta al campamento, Adapa ordenó que les fueran soltadas las sirgas a las captivas, y con las dagas las cuerdas fueron cortadas una tras otra, liberándoles las gargantas que, en cuanto recuperaron la normalidad en la respiración, empezaron a emitir gritos y llantos de todo tipo. Dos de ellas se lanzaron a la carrera hacia el oscuro desierto, lo que obligó a Dumuzi y Sipad a salir tras ellas. Una vez recuperadas, se decidió atarlas a todas, y Enmengal se encargó de esposarlas por los tobillos.